

Pedro Olalla (2022): *Palabras del Egeo: El mar, la lengua griega y los albores de la civilización*, Acantilado, Barcelona, 397 pp.

El último libro de Pedro Olalla, *Palabras del Egeo*, se presenta como una recopilación de las reflexiones acerca de la lengua y la cultura griega que su autor habría reunido en un cuaderno, escrito en un rincón del Egeo del que no da su nombre pero sí numerosas pistas, aprovechando los diez días que faltaban para el regreso a Grecia de su hijo Silvano, de 17 años, con las cuales trataba de ayudarlo más que a aprender la lengua griega, a explorarla y, sobre todo, a amarla (p. 8).

En el libro, que el autor considera ante todo una obra literaria y no una publicación académica (p. 285) —a pesar de las 52 páginas de notas al final que incluye—, junto a consideraciones sobre el paisaje, el sol y el mar, se hacen una serie de reflexiones que giran en torno a una idea fundamental que constituye el eje del libro: «que todo es uno: la lengua griega...y esta luz, este mar y estas rocas de donde fueron desprendiéndose sus primeras palabras» (p. 8).

Y es que, para Olalla, la esencia de lo griego, de su lengua y de su cultura no son el fruto, como suele decirse en la literatura científica, de una invasión de un pueblo foráneo, en torno al segundo milenio a. C., que se habría impuesto sobre poblaciones pregriegas (las culturas pelasga, cicládica y minoica) gracias al empleo de armas de bronce, del caballo y del carro de guerra, sino que todos esos aspectos que hoy consideramos consustanciales a lo griego han estado vinculados al espacio geográfico delimitado por el Egeo, sus múltiples islas y algunas de las tierras circundantes (sobre todo, la península del Hemo, es decir, la península de los Balcanes) desde los tiempos más remotos, formando un *continuum* espacio-temporal que ha llegado de forma casi ininterrumpida hasta nuestros días.

De ese eje, como si de un tronco se tratara, se derivan, a modo de ramas, un buen número de ideas y sugerencias que enriquecen el libro. De entrada, en lo que a la lengua se refiere, Olalla defiende que habría nacido en este mismo espacio geográfico en tiempos muy remotos, fruto del contacto del hombre con la naturaleza, sobre todo, con el mar, el viento, la propia tierra y el sol, pues estos primeros

[237]

hombres que habitaron el Egeo habrían aprendido a designar las realidades de su mundo circundante, primero, imitando los propios sonidos de esa naturaleza que tan bien conocían, lo que dio origen a onomatopeyas que constituyeron raíces con las cuales intentaron designar y conceptualizar no solo realidades concretas sino también, en un segundo momento, acciones y conceptos cada vez más abstractos, para lo cual recurrieron también a las metáforas y a las comparaciones, pues, según Olalla, «para entendernos de manera intuitiva [...] fuimos proyectando los rasgos de una cosa sobre otra, los de un ser sobre otro; trasladando nuestras experiencias con el agua —con el aire, la piedra o el fuego— a planos más abstractos, para poder nombrar cosas, no nombradas aún» (pp. 13-14).

Esto implica que esas primeras raíces acuñadas por imitación de los sonidos del mundo natural no eran convencionales, sino perfectamente motivadas (p. 268). Solo cuando los hablantes, con el paso de los siglos y la propia evolución de la lengua, fueron perdiendo la conciencia de la razón primera que les llevó a usar tal o cual raíz o palabra, el signo lingüístico acabaría adquiriendo ese rasgo de arbitrario que le atribuyen todos los manuales de lingüística.

De otro lado, para ejemplificar el proceso que hipotéticamente pudieron seguir aquellos lejanos ancestros de lo griego en la constitución de sus primeras unidades lingüísticas, el libro dedica atención preferente a la etimología, uno de los aspectos que sin duda más apreciarán los lectores. Para ello el autor se detiene a explicar las razones que pudieron llevar a formar tal o cual raíz y cómo esa raíz, gracias a su sentido original, dio origen a términos cada vez más complejos.

Así, por ejemplo, en la p. 242, según Olalla, a partir de la idea de presión que ejercen los pies en el suelo podemos hablar de ποῦς y de «pie», derivados ambos de una raíz «ped-». Y de la idea de presión de los pies nacen términos como πάτος ('camino', 'suelo'), πάτωμα ('suelo', 'piso'), πατόυσα ('planta del pie') y quizás παπούτσι ('zapato'). En la p. 245, asocia el sonido seco y duro de la K con las ideas de «cortar» y «golpear», tal como se encuentran en el griego κόπτω ('cortar') y κτυπώ ('golpear') y en el gran número de palabras que de ambas derivan. Pero, además, la idea de dureza asociada a la K llevó a su empleo, primero, para referirse a lo puramente físico y luego, recurriendo a la metáfora, para aludir al poder, la autoridad, el gobierno e incluso el Estado, de lo cual podría ser un buen ejemplo el término κράτος. Para estos ejercicios etimológicos el autor se sirve preferentemente del griego y del español. El que recurra al griego tan a menudo no se debe solo a su evidente amor por esta lengua y su cultura, sino porque considera que el griego, a diferencia de otras lenguas, conserva de manera más transparente muchas de esas viejas raíces inspiradas por los sonidos de la naturaleza.

Su idea de que esta zona del Mediterráneo oriental ha sido el hogar de los griegos durante milenios, hasta el punto de constituir un *continuum*, sin apenas interrupciones o rupturas, que llegaría hasta nuestros días, le lleva a negar, en contra de la teoría académica ahora mismo más aceptada, que lo griego empezara a partir del

segundo milenio, cuando la irrupción de los micénicos, pueblo de origen indoeuropeo y por tanto foráneo, habría implantado lo griego en un espacio cultural y geográfico dominado por pueblos y culturas anteriores calificadas por esa misma literatura académica como «pregriegos» (p. 47).

Por el contrario, para Olalla, cicládicos —y antes que estos, también los pelasgos—, minoicos y micénicos no son más que «etiquetas científicas» que dividen en pueblos diferentes lo que para nuestro autor no fue más que una civilización unitaria que sufrió la lógica evolución a lo largo del tiempo (p. 95).

Y ¿a qué época se remontaría el origen de esta cultura? De entrada, la genética ha demostrado que los pueblos del Egeo comparten desde hace al menos veinte mil años un raro haplogrupo llamado X2. Pero lo curioso es que ese extraño haplogrupo se encuentra también presente en muchos otros lugares del Mediterráneo y el Mar Negro, e incluso fuera del ámbito geográfico relacionado tradicionalmente con la cultura griega, como en las islas Orcadas, situadas al norte de Escocia. Obviamente, solo habrían podido ser llevadas allí a través de la navegación, una navegación que, según las pruebas que se van acumulando en la investigación más reciente, no se habría limitado al Mediterráneo, que los griegos ya llamaron Mar Nuestro antes del *Mare Nostrum* de los romanos, sino que habría llegado al norte de Europa, incluso a la zona de Escandinavia, donde muchos de los petroglifos encontrados que representan barcos, toros, guerreros, carros y espirales se empiezan a interpretar como fruto del influjo minoico y micénico.

Pero en el curso de esos viajes, que deberíamos situar durante la Edad de Bronce como mínimo, esos audaces marineros del Egeo se habrían atrevido incluso, según Olalla, a cruzar el Atlántico hasta la misteriosa isla de Crono, a la cual, según el testimonio de Plutarco, todavía en su tiempo se hacía un viaje cada treinta años, isla que la investigación más reciente ha identificado con Terranova, en Canadá. Y lo que quizá sorprenda más al lector, es posible que el cobre que usaban en el Egeo para crear el bronce fuera traído, ante los pocos yacimientos existentes en el área mediterránea, del lago Superior, en los actuales Estados Unidos, donde se encontraban vetas de este metal casi puras, cuya explotación más intensiva se ha situado a partir del año 2450 a. C. La existencia de minas de cobre y su explotación ya en fecha tan antigua era algo ya conocido; en cambio, la identidad de los que las explotaron en tiempos tan remotos sigue siendo un misterio, pues es sabido también que los pueblos indígenas que vivían en las proximidades apenas usaban los metales (pp. 72-73). A modo de sugerencia para arrojar algo de luz sobre el tema, añade Olalla que la única zona de América donde se detecta el haplogrupo euroasiático X2 se centra en la región de San Lorenzo y los Grandes Lagos (p. 75), por lo que es lógico pensar en navegantes del Egeo de la Edad del Bronce como posibles explotadores de aquellos recursos.

De otro lado, frente a la tesis tradicionalmente admitida de que la vida sedentaria y urbana nació en Mesopotamia, de la mano de sumerios y babilonios, hace

cinco milenios y de que las civilizaciones del Creciente Fértil fueron las primeras en practicar la metalurgia y fundir el bronce, cada vez hay más evidencias que retrasan varios milenios tales eventos fundamentales para la historia de la Humanidad, evidencias que, además, conceden el honor de esos descubrimientos a los habitantes del Egeo. Así, se ha confirmado la existencia de una Troya 0 por debajo de las otras diez seis siglos anterior a la considerada como Troya 1 (p. 96). Asimismo, mil años antes de esa Troya 0, es decir, hace seis mil quinientos años, se levantaba otra ciudad amurallada, Poliocne, emplazada en unos acantilados en la parte más oriental de la isla de Lemnos, por tanto frente por frente a la Troya de Príamo, y de la que nada se sabía hasta hace bien poco (p. 97). En fin, en Milos, Filakopí es un ejemplo de una ciudad que fue sucesivamente cicládica, minoica y micénica (p. 98).

Por tanto, parece obvio que hubo vida sedentaria y urbana muy anterior a las fechas supuestas hasta ahora. Además, los últimos descubrimientos avalan que hubo cerámica hace al menos ocho mil novecientos años; que se cultivó la cebada y el trigo de grano doble, desconocidos en el Creciente Fértil, que se construían casas con adobe, desconocidas también en Oriente, y que hubo migraciones hace unos diez mil años desde el Egeo y Frigia hacia el Oriente Próximo, a resultas de las cuales el ADN mitocondrial de la población de esa zona tiene entre un diez y un veinte por ciento de procedencia europea.

Todo esto nos lleva a suponer que durante el Neolítico, e incluso quizás antes, durante el llamado Mesolítico, un periodo entre los quince mil y los diez mil años a. C., se desarrolló una muy floreciente cultura en la zona del Egeo, que luego se extendió, gracias a su dominio del mar, por todo el Mediterráneo, Oriente Próximo e incluso por el interior de Europa, remontando el curso de los ríos, y de la que no se conservan más testimonios porque los asentamientos establecidos en las costas debieron ser sumergidos por el mar cuando, dieciocho mil años atrás, con el fin del periodo glacial, el mar empezó a subir de nivel —a razón de cinco centímetros por año— durante al menos doce milenios, de forma que las aguas del Egeo se encontraban cuando empezó el proceso unos ciento cincuenta metros por debajo del nivel actual. De esta manera muchas evidencias materiales de aquella remota civilización, de aquel lejano esplendor que se podría vincular con el mito de la Edad de Oro y con tantos otros mitos griegos como el del diluvio de Deucalión y Pirra se acabaron perdiendo irremediablemente. Por ello, ante la falta de otras evidencias, se entiende que los arqueólogos de los siglos diecinueve y del veinte atribuyeran a poblaciones de la vieja Sumeria, de Babilonia y de Egipto el mérito de haber traído la civilización al ser humano.

Otro aspecto en el que las tesis de Olalla discrepan de las teorías más académicas es la cuestión del Indoeuropeo. En este sentido, de entrada Olalla niega que los micénicos, los tenidos actualmente como los primeros «griegos», fueran poblaciones ajenas al espacio del Egeo, entre otras cosas, porque la genética ha

demostrado que el ADN minoico y el micénico son afines en más de un ochenta por ciento de sus rasgos, por derivar ambos de ancestros neolíticos del Egeo y del suroeste de Anatolia. Sí parece aceptar Olalla que hordas de pueblos nómadas procedentes de Rusia y Ucrania migraron de manera masiva a la Europa central y del norte en la Edad del Bronce, pero no al Egeo, ni a los Balcanes ni a la península itálica (pp. 138-139). No obstante, algunas páginas después, parece negar la existencia de un supuesto pueblo indoeuropeo inicial, del que «ninguna fuente histórica o mítica parece haber guardado la menor memoria» (p. 213). Además, en su opinión, el que podamos conjeturar la existencia de una raíz común a palabras diversas de lenguas diferentes, de entrada, no nos garantiza que esa raíz haya existido realmente, ni, menos aún, concluir que haya entre lenguas con palabras comunes una relación filogenética (p. 123). De hecho, el que varias lenguas distintas puedan compartir palabras puede deberse simplemente al contacto. No obstante lo dicho, en p. 219 admite que «el griego guarda una evidente relación con todas las lenguas consideradas indoeuropeas», lo cual le lleva a concluir que «si el griego forma parte de ese grupo de lenguas, tenemos que admitir que las raíces profundas que han alimentado todas esas lenguas estaban ya presentes en el espacio del Egeo desde tiempos muy remotos» (p. 219). Eso supondría reconocer la realidad de un pueblo indoeuropeo inicial, del que derivarían las lenguas de la familia indoeuropea, solo que la patria original o *Urheimat* de ese pueblo ya no estaría en las estepas al norte del Mar Negro, sino en el propio Egeo.

Atención preferente merece en el libro de Olalla la cuestión de los misteriosos pelasgos. De entrada, como nos recuerda el propio autor, para los antiguos griegos, las estirpes predominantes entonces no procedían de un pueblo extranjero ni de un lugar lejano, sino del más antiguo linaje que se recordaba en el espacio heleno, los pelasgos (p. 143), y atribuían ese mismo origen a los troyanos y a los propios romanos (p. 145).

Esta información, junto con el gran cúmulo de datos que parecen demostrar la existencia de una cultura altamente desarrollada en el Egeo muchos milenios antes de la aparición de las culturas del Creciente Fértil, llevan a Olalla a suponer la existencia de un poblamiento pelasgo no solo en el Egeo, sino también en Egipto (p. 156), así como en Mesopotamia y el Oriente Próximo (p. 161), llegando la penetración pelasga hasta la mismísima India, como demostraría el propio mito de Dioniso y su supuesta expedición a las lejanas tierras del Indo.

Por tanto, Olalla da por segura la existencia de una cultura común que uniría a griegos, indios y egipcios fruto de una migración masiva de pobladores del Egeo, que podríamos identificar con los pelasgos, en los albores de la vida sedentaria y agrícola y cuando se estaban fundando las primeras ciudades (p. 169). Esa cultura unitaria, a la que la civilización occidental debe mucho, se habría extendido por gran parte de Europa, Asia y África, y debió estar dotada de una lengua franca, de

navegación, de tecnología, comercio, mitos, cultos y costumbres comunes. Una cultura cuyo epicentro estaría en las aguas del Egeo (p. 175).

De este modo, y a partir de todo lo dicho, se podría concluir que «el griego y su cultura no son otra cosa que la continuación natural de la lengua y de la civilización que llamamos pelasga» (p. 177).

Pero en este libro, que subvierte y echa por tierra tantos aspectos dados por seguros por la investigación filológica y arqueológica académicas, hay una última cuestión digamos «polémica»: siendo la griega una cultura fuertemente vinculada con la escritura, parece difícil de creer que el alfabeto naciera poco tiempo antes de que Homero pusiera por escrito sus poemas épicos en el siglo VIII a. C., supuestamente, a partir del hecho de adaptar el alfabeto de los fenicios y de añadirle algunos caracteres más para así representar las vocales, y todo ello para facilitar el intercambio comercial (p. 182).

A este respecto, Olalla defiende la existencia de un alfabeto, y por tanto de una literatura escrita, mucho más antiguo, anterior, por supuesto, a Homero, que los propios griegos llamaban *παλαιὰ γραφή*, y que vinculaban con sus antepasados pelasgos, en tiempos incluso anteriores al diluvio de Deucalión y Pirra (p. 188). Por supuesto, también serían los pelasgos los que llevarían el arte de escribir a todas aquellas regiones a las que se trasladaron en sus migraciones. Por tanto, si aceptamos estos presupuestos, los fenicios no serían los inventores del alfabeto, sino que simplemente dieron nueva forma a signos preexistentes, creando así unos nuevos tipos que llegaron a ser los más utilizados, razón por la cual se les llamó «letras fenicias» (p. 193). Pero sería un error identificar a estos fenicios con los semitas nómadas asentados en esta región a comienzos del segundo milenio a. C., sino que se trataría de los pelasgos asentados desde muy antiguo en la región llamada Fenicia, en honor de Fénix. Estos serían los fenicios del tiempo de Cadmo, a los que los hebreos, cuando llegaron a sus tierras capitaneados por Abraham, llamaron *pelistim*, ‘filisteos’ (p. 194).

Pero ese supuesto sistema de escritura diseminado por los pelasgos en sus migraciones no sería propiamente creación suya, sino que derivaría de un remoto y aún poco conocido inventario de signos, algunas de cuyas primeras muestras se han encontrado en yacimientos neolíticos de la zona de los Balcanes, donde algunos símbolos lineales hallados en objetos de hace siete mil años presentan cierta semejanza con la escritura de tiempos posteriores. Por tanto, según Olalla, todo apunta a que la escritura habría salido de la península del Hemo y a través del Egeo habría sido llevada en todas direcciones a bordo de naves, y que esos caracteres del neolítico estarían en la base de todos los sistemas de escritura posteriores, la escritura cretense, la sumeria, la del alifato paleocananeo y del fenicio, y por supuesto del propio alfabeto griego (p. 209).

A modo de conclusión, el lector que se adentre en las páginas de *Palabras del Egeo* se encontrará con un libro hermoso, muy personal, que resplandece con la

luz que llena las playas en cuyas cercanías fue escrito, que huele al salitre de ese mar viejo y sabio que ilustra la portada, el título y todo el texto en su conjunto; un libro que alguien ha catalogado de «inclasificable» y que nosotros nos atrevemos a calificar más bien de «heterodoxo», en el buen sentido del término, pues en su creencia de que la ciencia no puede ni debe ser dogmática, se atreve a poner sobre la mesa una relato diferente al «oficial», a la «ortodoxia» académica, de lo que debieron ser los tiempos del Mesolítico y del Neolítico, y no solo en esta esquina del Mediterráneo, partiendo, es verdad, de los mitos griegos, a los que considera memoria viva de unos sucesos muy remotos y tan dignos de ser tomados en consideración como los últimos descubrimientos de la arqueología, la filología y la propia genética. En fin, *Palabras del Egeo* es todo esto, pero es ante todo la más sincera y auténtica declaración de amor que pueda hacerse a una lengua y una cultura, la griega, a la que tanto debe el mundo tal como hoy lo conocemos.

Cristóbal Macías